

LOS HISTORIADORES ENSANCHAN LA VIDA

AUGUSTO HORTAL ALONSO, SJ¹

RESUMEN: Los historiadores aumentan la vida: amplían, enriquecen y flexibilizan el horizonte intelectual de quienes nos dedicamos a la ética. La historia honestamente investigada y bien narrada ayuda a liberarse de las miopías y los sectarismos del presente. A los jesuitas, conocer la propia historia, saber de dónde venimos, qué hicimos, cómo actuamos y qué nos pasó en otros tiempos y otras circunstancias, da perfiles, hondura y realismo a la propia identidad. Esa fue la historia que cultivó Manuel Revuelta; de ello quiere dar aquí testimonio agradecido un compañero de claustro, de generación y compañero jesuita.

PALABRAS CLAVE: Historiador; ética; memoria histórica; Compañía de Jesús.

Historians expand life

ABSTRACT: Historians increase life: they expand, enrich and make the intellectual horizon of those of us who are dedicated to ethics more flexible. History, when investigated and well narrated, helps to free oneself from some myopic and sectarian visions of the present. To the Jesuits, to know one's own history, to know where we come from, what we did, how we acted and what happened to us in other times and other circumstances, gives profile, depth and realism to one's identity. That was the story that Manuel Revuelta cultivated. As a member of the same Faculty, as companion of the same generation, and as fellow Jesuit, the author wishes to bear grateful witness of this here.

KEY WORDS: Historian; ethics; historical memory; Society of Jesus.

Para cuando la verdad exista y lo que se haya hecho no pueda ser deshecho: desde esta época de uniformidad, desde este tiempo de soledad, la Edad del Gran Hermano, la época del doble pensar...

George Orwell, 1984

En tierras palentinas solían poner a los niños el nombre del santo del día. Hay quien afirma que en cada pueblo elegían el nombre más raro de los que figuraban ese día en el calendario; otros, más benévolos, dicen que se elegía el nombre que todavía no estaba asignado a otro del mismo pueblo. Manuel

¹ Universidad Pontificia Comillas. Correo electrónico: ahortal@comillas.edu.

Revuelta tuvo la suerte de nacer el 1 de enero. Suponemos que en Población de Campos no había nadie que hubiese nacido ese día; pudo llamarse Manuel porque ese nombre no estaba ocupado. Yo nací también el 1 de enero, dos años más tarde, aunque no en Palencia. Nos conocimos en 1965. Llegaba yo a estudiar la teología en Sankt Georgen (Frankfurt), Revuelta llevaba allí dos años y estuvo dos años más hasta terminar su licenciatura en teología. Entre los jesuitas hispanos que coincidimos allí con Revuelta mencionaré a algunos que con el tiempo fueron notables por diferentes capítulos: Jose Luis Alemán, José del Rey, Ricardo Antoncich, Javier Arzalluz (entonces se escribía todavía así), Goyo Ruiz, César Jerez, Guillermo Hoyos, Agustín Udías, Luis Ugalde, Jon Sobrino, Valentín Menéndez, Enrique Menéndez-Ureña... Para entonces Revuelta ya era licenciado en historia. Al terminar en Frankfurt volvió a España, hizo su doctorado en historia en la Universidad Complutense de Madrid a la vez que iniciaba las tareas docentes en Comillas.

Revuelta y yo hemos convivido y colaborado muchos años en la Facultad de Filosofía y Letras (hoy Facultad de Ciencias Humanas y Sociales) de Comillas. Él, libre de tareas y responsabilidades de gestión, pudo dedicarse plenamente a investigar y a enseñar historia en la Facultad de Filosofía y Letras y en la de Teología, así como en la Universidad de Deusto y en la Universidad Complutense de Madrid.

En los años 70 los estudios de historia tuvieron una brillante y efímera presencia institucional en lo que fue el Colegio Universitario Comillas. Merece la pena dejar constancia de por qué y en qué circunstancias esos estudios no tuvieron continuidad entre nosotros. El Colegio Universitario se creó para dar validez civil a los estudios del primer ciclo de filosofía, psicología, ciencias de la educación y geografía e historia. Estaba adscrito a la Universidad Complutense y en ella podían y tenían que continuar esos estudios hasta completarlos para obtener las correspondientes licenciaturas. En 1977 se consiguió por fin el reconocimiento civil de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Comillas; ya se podían impartir los estudios completos reconocidos de licenciatura y doctorado en las diferentes ramas que por entonces se impartían en las facultades de filosofía y letras. La nueva situación obligaba a tomar decisiones; entre ellas —una decisión ciertamente dolorosa— la de acabar con el primer ciclo de geografía e historia que durante unos años se impartió en Comillas. Contar con un buen equipo de profesores (M. Revuelta, Alfonso Echánove, Javier Donézar, Alfonso Rodríguez Gutiérrez de Ceballos y otros) y la motivación añadida de trabajar en grupos pequeños, motivados y motivantes, no fue recompensada con alumnado suficiente, ni siquiera moderadamente creciente. Se mantuvieron esos estudios hasta la extinción del Colegio Universitario en 1978.

En Revuelta confluyen varias facetas que le hacen merecedor de este sencillo homenaje y recuerdo agradecido. Lo merece la persona bondadosa, de trato afable, trabajadora, nada espectacular, pero que tanto en la investigación, como en la docencia y en sus escritos ha hecho un trabajo fecundo, muy fecundo... Se lo merece el profesor, el escritor y el buen compañero de tantos años. Se lo merece por supuesto el jesuita y el historiador jesuita. Al no ser yo historiador, quiero hacerlo desde la triple perspectiva de compañero de claustro, compañero de generación y compañero jesuita.

1. LA PROFESIÓN DE HISTORIADOR

Herbert Spencer, sociólogo evolucionista, muy decimonónico, en su libro *Origen de las profesiones* escribió que las profesiones constituyen un paso evolutivo en el crecimiento de la vida. De los historiadores y de los hombres de letras afirma que elevan el estado mental de la humanidad, pues, al suscitar interés por los hechos históricos y las ficciones literarias, aumentan la vida. Efectivamente, los historiadores con sus investigaciones y sus escritos aumentan, ensanchan la vida, el modo de comprenderla con esquemas mentales más flexibles y horizontes más amplios. Inspirado por el buen oficio de historiador que desempeñó Manuel Revuelta quisiera decir algo sobre cómo, a mi entender, la historia en general y la historia investigada y contada por Revuelta en particular, aumenta la vida, la hace más ancha, amplía nuestro horizonte, también el horizonte intelectual de quienes nos dedicamos a la ética.

Revuelta ejerció el oficio de historiador, de paciente investigador, sobrio y elegante expositor de un pasado relevante, respetuosa y primorosamente tratado. Como él dice de sí mismo: «El autor ha pretendido modestamente hacer una historia honesta teniendo como única guía la verdad»². Con ese mismo respeto y amor por la verdad, el que se dedica a la ética o filosofía práctica, en orden a poder justificar o cuestionar actuaciones y propuestas acerca de cómo es bueno que vivamos no puede conformarse con los hechos investigados y expuestos con toda verdad. Los hechos son los hechos; pero lo que hay que hacer en ética, lo que hemos de pensar a la hora de actuar, de proponer o de disuadir de actuaciones, enunciar y justificar criterios, etc. va por caminos distintos.

² Revuelta, M. *La Compañía de Jesús en la España contemporánea*. Tomos I (1984), II (1991) y III (2008). En adelante cuando sólo citamos el tomo y la página nos referimos a esta obra. Aquí: I, p. 2.

El talante intelectual, los escritos y las inquietudes de un historiador son diferentes de las que al menos a mí me han acompañado en mi dedicación a la filosofía práctica. La ética se ocupa de reflexionar sobre cómo es bueno vivir. Y en este empeño el pensamiento ético se beneficia de la historia que amplía su horizonte reflexivo. La ética no empieza nunca; todo lo que hacemos y nuestras formas de valorarlo tienen raíces que vienen del pasado, siempre proceden de un tiempo anterior. Todo lo que conecta con el pasado ensancha las perspectivas de la filosofía moral.

La ética, al tratar de justificar y fundamentar sus afirmaciones, recomendaciones y valoraciones, no le basta investigar y decir lo que ocurre o lo que ha ocurrido en otros tiempos, necesita problematizar los hechos del pasado y del presente para tratar de justificar o cuestionar lo que se hace y proponer lo que sería bueno hacer. Lamentablemente no suele coincidir lo que es bueno hacer con lo que de hecho se hace ni con lo que se hizo. Los hechos son los hechos; pero lo que hay que hacer, lo que hemos de pensar a la hora de actuar, proponer o disuadir de actuaciones, criterios, etc. va por caminos distintos.

Además de la comprensible curiosidad por saber lo que ocurrió, por qué ocurrió lo que ocurrió, es importante intentar comprender eso que ocurrió, eso enriquece sin duda la reflexión ética. La ética tiene vasos comunicantes con la historia; lo que ocurrió en otros momentos bien puede iluminar lo que ocurre hoy, tanto si vuelve a ocurrir como si no.

La historia y la ética son dos perspectivas distintas, pero se entrecruzan de muchas maneras que pueden hacer fecunda a la una y a la otra. También —fácilmente— se distorsionan cuando la una se mezcla indiscriminadamente con la otra. Ni la reflexión sobre cómo debemos vivir y es bueno que vivamos puede decirnos cómo vivimos de hecho en otros tiempos, ni siquiera con qué ideales éticos vivieron nuestros antepasados, ni lo sucedido en el pasado, por más firmemente documentado que esté, avala los ideales, obligaciones o derechos que configuran cómo hemos de vivir hoy.

La investigación y el relato del pasado, no siempre, casi nunca, se atiene del todo a los criterios éticos, ni a los de entonces ni a los del ahora en que el historiador los investiga y los narra. Quien pretende escribir una historia «edificante», escribe una mala historia, traiciona el *ethos* del historiador. Lo que sucedió o dejó de suceder no se atiene necesariamente a lo que debió suceder. No procede elevar automáticamente el pasado a norma del presente o del futuro. En ética no es criterio el «siempre se ha hecho así». Por lo demás, si hay algo que casi siempre desmiente la historia es que haya algo en la vida que siempre y en todas partes se haya hecho de la misma manera. Mientras nos movemos en este nivel radical del sí y del no, las cosas parecen claras. Los hechos históricos son lo que son tanto si son buenos como malos,

favorables o perniciosos. El bien y el mal en cambio se atienen a criterios éticos, a lo que es bueno que sea, tanto si ha sido así como si no.

Pero quien hace historia y quien filosofa sobre en qué puede consistir vivir éticamente, los dos, son seres humanos a quienes importan tanto los hechos ocurridos como el bien y el mal, entonces y ahora. Y eso se manifiesta, se quiera o no se quiera, en el modo de investigar la historia y en el modo de narrarla. Eso se manifiesta también en el modo de entender cómo es bueno actuar en estas o en aquellas situaciones más o menos semejantes, más o menos influenciadas por estos o aquellos antecedentes históricos.

2. EL HISTORIADOR Y EL PRESENTE

En los tiempos de la Unión Soviética, cuando se publicaba una nueva edición de la *Enciclopedia Soviética*, se ponían al día los hechos del pasado para adaptarlos a lo políticamente correcto en el presente. No se conformaban con cambiar los hechos y las valoraciones de los episodios y de los personajes; retocaban las mismas fotografías para eliminar a esos personajes que habían sido importantes antes, pero que con el tiempo habían caído en desgracia. Se eliminó, por ejemplo, la figura de Trotsky de una foto en la que estaba junto a Lenin y otros dirigentes de la Revolución: una anticipación del *photoshop* de la era digital. Cuentan que en los círculos de los disidentes moscovitas se comentaba con sorna que la Unión Soviética tenía un pasado impredecible. A la vista de cómo se cuenta la historia hoy en algunos contextos, habría que repetir el comentario burlón de los disidentes moscovitas de la era estalinista. No sólo la Unión Soviética, muchos países, instituciones y acontecimientos históricos parecen tener un pasado impredecible. Pero sabemos que, si algo tiene el pasado, especialmente cuando está bien documentado, es que no hay quien lo cambie.

G. Orwell en 1984 enunciaba y con eso denunciaba el principio: «el que domina el pasado domina el futuro». De dominar el pasado se encargaba el Ministerio de la Verdad que ponía al día lo que se podía y debía decir y pensar sobre cualquier asunto. La novela de Orwell sigue siendo una profecía de lo que no debe ocurrir, aunque hay peligro de que esté ocurriendo con algunas variaciones respecto a cómo fue descrita inicialmente por Orwell. Nos invita a ponernos en guardia contra la verdad administrada, contra las definiciones de la realidad que hacen unos pocos suplantando a casi todos. Hace falta valentía para afirmar lo obvio, cuando lo obvio no es lo que se lleva. Cuando esto sucede la mayor de las herejías son el sentido común y la libertad.

Hoy en los Medios de Comunicación Social, en los gabinetes de comunicación de los organismos públicos y privados y en las redes sociales se nos sirve la realidad puesta al día. Desde las redes sociales se nos dicta qué nos tiene que gustar y qué tenemos que pensar, de qué tenemos que maldecir en nuestros «minutos de odio» y qué tiene que caer en el olvido. Casi todos somos maestros en el arte de echar los recuerdos incómodos por el «agujero de la memoria». Hay que pensarse si las corrientes de pensamiento y los conformismos oportunistas no nos llevan a una ortodoxia teledirigida e impuesta por una inquisición difusa, que de momento prescinde de las prácticas sangrientas, pero que no deja de practicar el ostracismo y el linchamiento mediático.

La mentalidad actual está permanentemente tentada de caer una y otra vez en una especie de etnocentrismo temporal. Tiende a descalificar todo lo previo como algo inferior y superado. Ser hijos de nuestro tiempo no es algo que podamos evitar; tampoco algo de lo que tengamos que avergonzarnos o por lo que tengamos que pedir perdón. Todos somos hijos de nuestro tiempo; no tenemos otro; quienes pretenden tener otro, lo más que consiguen es hacer el ridículo. Se nos nota en nuestra forma de hablar, en nuestra forma de vestir, en nuestros usos, en lo que comemos y en lo que nos preocupa... Pero esa ineludible condición de ser hijos de nuestro tiempo pasa a ser degradante cuando se hace miope y no ve más allá de lo inmediato, cuando cae en una suerte de fundamentalismo etnocéntrico del presente, cuando lo actual o lo último se convierte en la medida de todas las cosas. Inmersos en el presente, nos cuesta ver con perspectiva lo que ocurre ante nuestros ojos. De esa cierta miopía nos puede liberar la historia. La historia honestamente investigada y bien narrada, «objetiva, detallista y conectada» (I, p. 2) que procuró hacer *Revuelta* sin ocultar ni silenciar verdades relevantes, esa historia nos ayuda a liberarnos de algunas servidumbres y miopías del presente.

Schleiermacher escribió, y luego han sido muchos los que se han hecho eco de esta afirmación, que sólo hay dos modos de traducir: uno consiste en llevar al lector al mundo del autor del texto que se traduce; el otro consiste en traer al autor y su texto al mundo de los lectores. Hoy casi todo lo que se traduce se hace trayendo a los autores al mundo de los lectores actuales. Cuando esa lógica la aplicamos a la historia, también resulta que hay dos formas de contar la historia: una, en la medida de lo posible y el estudio de las fuentes lo permite, trata de transportarnos a la época de los episodios históricos que estudia, investiga y narra. La otra consiste en lo contrario, en contar los hechos del pasado como si se tratase de hechos del presente. La primera es la buena y verdadera investigación histórica y

sirve de terapia para vivir el presente enriquecido e iluminado con perspectivas más amplias que las que en ese momento se dan como supuestos incuestionables; la segunda sólo consiste en seguir nadando en las mismas aguas y obsesiones de un presente falto de horizontes, incapaz de imaginar o averiguar cómo han llegado a ser las cosas tal y como actualmente son, y qué posibilidades existen de continuar esa historia enriquecida con experiencias de otros tiempos.

La historia nos hace caer en la cuenta de que lo que ahora vivimos no empezó ahora. Nos libera de estar siempre comenzando, de caer en el peligro de repetir una y otra vez los mismos errores. En lo ocurrido y narrado habrá parecidos y diferencias, continuidades y discontinuidades con lo que en el presente que estamos viviendo. No hace falta que las situaciones o actuaciones sean muy parecidas a las nuestras. Por grande que sean las diferencias siempre serán más básicas las semejanzas entre quienes pertenecemos al mismo género humano. De ahí mana nuestro interés por ella. En cualquier caso, nos sirven o nos pueden ayudar para situarnos unas veces por afinidad, otras por contraste. Como escribe Revuelta la historia invita a hacer comparaciones y reflexiones con el momento presente, pero esas reflexiones ya no son el terreno acotado del historiador profesional, sino del lector inteligente que lee la historia pasada en el presente en el que vive.

La historia tiene que ser investigada con voluntad de verdad y comprensión de los contextos y los supuestos en los que se desarrolló; de esa manera es como puede servir de terapia y vacuna frente al simplismo, al maniqueísmo, frente al dogmatismo, frente al presentismo. Esa voluntad de verdad se impone a sí misma la obligación de registrar también los datos y documentos incómodos. Si al investigar y escribir la historia no se respetan las verdades pequeñas, es que no se respeta la verdad que se quiere comunicar o a la que se quiere humildemente servir. La historia del que, por amor a una verdad total nunca alcanzada, nunca alcanzable del todo, no oculta ni tergiversa ninguna verdad parcial incómoda y disonante con lo que entonces se pensaba o lo que ahora se piensa que debe pensarse.

La memoria histórica hay que dejarla en manos de los historiadores; ellos son los que, respetando escrupulosamente el pasado, hacen la mejor contribución a vivir el presente con mayor perspectiva, riqueza y hondura. Los descendientes de las víctimas tienen todo el derecho a recordarlas, a averiguar lo que sucedió con ellas y saber dónde están sus restos, también a reivindicar su memoria, su condición de víctimas y, si así lo consideran, continuar con sus ideas y convicciones. Pero es peligroso, sobre todo en una España que se esfuerza por dejar atrás los enfrentamientos, hacer política con la memoria, con los símbolos y los sentimientos que la acompañan. De

ahí sólo cabe esperar tanto una historia distorsionada como una política perniciosa. Cuando cada uno y cada grupo sólo recuerda y siente lo suyo sólo cabe esperar mala historia y mala política.

Eso no significa que el historiador no tenga también su propio punto de vista sobre los hechos que, sin desfigurarlos, investiga y narra. Revuelta pertenece a la generación que creció en los años de la posguerra española y fraguó la convicción de que había que superar la confrontación entre las dos Españas. De una forma más o menos activa participábamos de la convicción ampliamente mayoritaria de que había que hacer una transición hacia un régimen democrático en el cupiéramos todos. Esta convicción se percibe en los escritos de Revuelta ya desde la misma tesis doctoral dedicada a estudiar la política religiosa del trienio liberal (1830-1833), el clericalismo y el anticlericalismo, las sucesivas supresiones de la Compañía de Jesús o la sintonía de algunos jesuitas con el integrismo de finales del siglo XIX.

Revuelta acierta a compatibilizar el respeto por la verdad de los hechos, de todos los hechos, y a la vez abogar por una reconciliación. En este sentido es significativa una doble recensión de dos libros que investigan las víctimas de la persecución religiosa durante la guerra civil y la represión durante los primeros años de la dictadura franquista. En 2009, con motivo de la malhadada ley de memoria histórica, Revuelta recensiona en un mismo artículo dos libros de signo diferente y contrapuesto. El título del artículo ya es significativo: «Dos visiones complementarias sobre la memoria histórica»³. De este artículo son las dos citas siguientes:

A setenta años de distancia la historia de la república y de la guerra civil nos sigue interpelando y sus secuelas reavivan a veces las divisiones del pasado... la impresión de que se siguen manteniendo dos memorias históricas contradictorias. (p. 137)

... estos dos libros... ofrecen ... informaciones bien documentadas, avaladas con textos coetáneos que nos acercan al momento de los sucesos. No se oculta la realidad histórica, ni se disimulan las situaciones desagradables ni los relatos fuertes.

Se trata, a nuestro juicio, de dos libros complementarios, que enfocan, desde distintas perspectivas, el mismo tiempo histórico, desvelando las dos caras de una España dividida. Es conveniente cruzar las informaciones y comparar las distintas memorias históricas... (p. 148).

³ Revuelta (2009). Los dos libros son: García Colmenares, P. (Coord.) (2007). *Historia y Memoria de la Guerra Civil y Primer Franquismo en Castilla y León y Cárcel Ortí*, V. (2008). *Caidos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*.

3. EL JESUITA HISTORIADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Con el tiempo Revuelta pasará a ser conocido, al menos entre nosotros los jesuitas, sobre todo por su rica, ponderada y valiosa continuación de la historia de la Compañía de Jesús en España entre 1868 y 1906. Acreditado desde su tesis doctoral como buen conocedor del siglo XIX español y de las tensiones político-religiosas de aquel siglo, Revuelta recibe a comienzos de los años 80 el encargo de continuar la historia de la Compañía de Jesús en España a partir de la Revolución de 1868. Se incorpora con esto a la gran obra de un grupo de historiadores jesuitas que a finales del siglo XIX y primeros años del XX empieza en Madrid a seleccionar, transcribir y editar documentos de los comienzos la Orden (*Monumenta Histórica S.I.*). En los años 30 se traslada a Roma, incorpora a historiadores de otras latitudes y constituye el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús.

La Congregación General XXIV (1882), que eligió al General P. Luis Martín, había recomendado emprender la tarea de continuar la historia de la Compañía de Jesús, interrumpida desde la supresión de la Orden por Clemente XIV (1773). El P. General, siguiendo el criterio del P. Franz Ehrle, historiador reconocido por propios y extraños, propició que algunos jesuitas se formasen como historiadores profesionales y cultivasen una historiografía que estuviese a la altura de las exigencias de la crítica moderna⁴. Jesuitas de diferentes países investigaron y publicaron la historia de la Compañía de Jesús en las diferentes regiones, llamadas Asistencias. La *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* desde los orígenes hasta la supresión (1773) la escribió en siete tomos el P. Antonio Astrain. Esa historia es la que continuó el P. Lesmes Frías abarcando el periodo que va de 1813, en los albores de la restauración de la Compañía en la Iglesia universal, hasta 1868, año de la Revolución Gloriosa que disuelve a la Compañía de Jesús en España. A partir de ahí Manuel Revuelta prolonga la historia hasta 1906, año en el que muere el P. General Luis Martín.

El primer tomo se publica en 1984 y el tercero y último en 2009. Durante esos 25 años Revuelta compatibiliza este trabajo con la docencia y con la elaboración de monografías sobre los colegios de jesuitas en esa época, sobre la Universidad Pontificia Comillas (en colaboración con el P. Sanz de Diego) y la publicación de las Memorias del P. Luis Martín también en colaboración con los PP. Eguilior y Sanz de Diego. También otros muchos trabajos entre los que hay que mencionar los que se ocupan de asuntos palentinos.

⁴ Véase la entrada «Ciencias históricas» en el *DHCJ* que escribe el C.E. O'Neill (I, p. 800).

Revuelta comprende la historia de la Compañía de Jesús como parte de la historia de la Iglesia y en conexión con el contexto histórico político y social del momento. Se trata pues de una historia contextualizada, que recibe del contexto los apoyos y los cuestionamientos que explican su evolución. Una historia de gloria, pero también de pasión. Suprimida y perseguida primero, «víctima principal del anticlericalismo de los revolucionarios»⁵, luego restablecida y favorecida. Desde el prólogo Revuelta deja claro que no trata de hacer una historia para satisfacer a unos o a otros:

Esta historia no pretende directamente edificar a los devotos, ni refutar a los detractores, ni aplaudir por sistema los comportamientos de los jesuitas, ni deleitar con estilo novelesco a los lectores. El autor ha pretendido modestamente hacer una historia honesta teniendo como única guía la verdad (I, p. 2).

No tiene afán de ocultar desviaciones como cierta «propensión al integrista o el estilo paternalista de sus métodos pastorales. Eran simplemente secuelas de las malas experiencias políticas o fruto de una sociedad con estratos sociales muy marcados» (I, p. 1099). No trata de ensalzar sólo las glorias ni de alimentar una visión idealizada y triunfalista; tampoco trata de hacer un ejercicio de masoquismo que colecciona y destaca los errores y miserias. Una versión abierta, compleja, contextualizada, con la perspectiva que dan los años y la pluralidad de personajes, situaciones, instituciones y modos de vivir en ellas, nos hace saber de quién somos herederos, continuadores, tratando de aprender tanto de los aciertos como de los errores y desviaciones, que también de ellos se aprende.

Los dos primeros tomos son una historia institucional de la supresión y reinstalación (1868-1883) (Tomo I) y de la expansión de la Compañía (1883-1906) (Tomo II). El tomo III ofrece en sus diferentes capítulos los elementos necesarios para entender y situar la vida cotidiana y las múltiples actividades de los jesuitas de aquellos años; empieza ofreciendo un estudio muy preciso de la demografía jesuítica de esos años, se ocupa después de los estudios y las casas de formación. Luego se ocupa de las múltiples actividades apostólicas de las que se ocupaban los jesuitas: qué predicaban, qué enseñaban, qué publicaban, qué asociaciones promovían o acompañaban o cómo se fueron implicando en la defensa y promoción del mundo de los obreros (catolicismo social). Los jesuitas españoles de esos años, escribe Revuelta en el prólogo citado, refiriéndose sobre todo a los primeros años

⁵ En el tomo II del *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, en la entrada «España», Revuelta escribe el apartado II sobre «La Compañía restaurada», pp. 1279-85. La cita es de la p. 1281.

del periodo estudiado, actuaban fundamentalmente por motivos religiosos, no políticos. Y añade:

Uno se pregunta, a la vista de los ataques desaforados, o de las alabanzas descomedidas, si la historia real de la Compañía no ha quedado en buena parte empañada por los apasionamientos propios de un país tan dividido y convulso como lo fue la España del siglo XIX y principios del XX. Contemplar la historia real de la Compañía de Jesús en España, liberada de mitos y exageraciones, es el objetivo principal que nos proponemos en esta obra... (I, p. 2)

Con motivo del bicentenario de la «restauración» de la Compañía por el papa Pío VII (1814, 2014) Revuelta escribe un libro que no es de investigación propia sino de divulgación de lo investigado y publicado por otros. En él se plantea la cuestión de si la Compañía que se «restaura» es la que fue suprimida. Señala que hay continuidad no sólo en el nombre, sino también por haberse mantenido la continuidad con un «resto» que no llegó a desaparecer, primero por no haberse ejecutado el Breve de supresión en Prusia y en Rusia, pronto con la expresa aprobación de Pío VII, a continuación con la aceptación pontificia de que se admitieran novicios de otras partes, y por fin con la aprobación del Restablecimiento de la Compañía en Parma y en Nápoles, hasta que el Breve *Sollicitudo Omnium Ecclesiarum* (1814) la restaura en toda la Iglesia cuando han transcurrido 41 años desde la supresión. Muy pronto vienen los pocos jesuitas españoles supervivientes y emprenden la tarea de restablecerla en España.

No cabe duda de que la Compañía restaurada, como señala Revuelta una y otra vez, forma parte de la Iglesia de tiempos de la Restauración, es decir de una Iglesia que ha sufrido primero con las Cortes Borbónicas y los ambientes ilustrados, luego y mucho más con la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas, y que participa muy fervientemente del espíritu de la Restauración que, como escribe Revuelta, «implica un estilo de vida conservador, más inclinado a buscar soluciones en las conquistas de la tradición que en las interpretaciones arriesgadas de los signos de los tiempos»⁶. La Compañía del siglo XIX y primeros años del siglo XX estaba alineada con las fuerzas del antiguo régimen, alimentaba cierta añoranza de la antigua alianza entre el trono y el altar. Los jesuitas de esos decenios son fervientes defensores del Papa Pío IX y de su condena del liberalismo. Tras cierto aperturismo social respaldado e impulsado por León XIII con la Encíclica *Rerum novarum* (1881) la crisis modernista en tiempos del papa Pío X hace

⁶ *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, «España», II. «La Compañía restaurada» (Revuelta) 1279-1285. La cita es de la p. 1284.

que los jesuitas se reafirmen en su defensa a ultranza de la ortodoxia y del inmovilismo doctrinal.

Revuelta y otros muchos jesuitas de nuestra generación crecimos en los tiempos preconciatares, vivimos luego con entusiasmo los tiempos del Concilio, el proceso de implantación de Comillas en Madrid, la drástica disminución del número de jesuitas en España y en Europa y el proceso de unión de las provincias españolas de la Compañía de Jesús hasta formar una única Provincia de España. El Vaticano II propuso una *renovatio accommodata* de la vida religiosa que gran parte de la Compañía asumió con entusiasmo bajo el liderazgo del P. Arrupe. Surge una (¿renovada o nueva?) Compañía de Jesús que vuelve a sufrir malentendidos. El generalato del Padre Arrupe termina con la intervención de la Compañía de Jesús por parte de San Juan Pablo II que nombra un Delegado suyo con autoridad de General. Desde entonces hemos vivido varios decenios semi-cuestionados en la Iglesia, tal vez por no ser la Compañía restaurada que fuimos. En la Congregación General en la que renunció el P. Kolvenbach y fue elegido el P. Nicolás, Benedicto XVI en su alocución devolvió a la Compañía de Jesús la plena confianza. Si antes los jesuitas en general estaban bajo sospecha, aunque había algunos jesuitas fiables, en adelante los jesuitas eran en su conjunto fiables y necesarios para la Iglesia y para la Santa Sede, aunque tal vez algunos fuesen problemáticos. Por último, en estos años nos ha sorprendido la novedad histórica de vivir el pontificado de un papa jesuita.

Quizás lo que más agradezco a los historiadores, a Revuelta entre ellos, son sus aportaciones y las luces que desprenden desde la historia investigada y narrada sobre los años vividos. Conocer la propia historia, saber de dónde venimos, qué hicimos, cómo actuamos y qué nos pasó en otros tiempos, todo eso da perfiles, hondura y realismo a la propia identidad. La Compañía de Jesús, como parte de la Iglesia Católica y junto a otras órdenes y congregaciones religiosas, somos comunidades de memoria herederas de un carisma fundacional, capaces de actualizarlo hoy y transmitirlo hacia el futuro. En «este tiempo liquidador de tradiciones» (Álvarez Bolado) los jesuitas apreciamos dialogar con el presente desde la herencia recibida. Formamos fraternidades religiosas unidas por vínculos que duran en el tiempo, acogemos nuestro pasado para actualizarlo y poder transmitirlo hacia el futuro. Los historiadores nos ayudan a vivir esa continuidad a través de contextos diferentes. Nos une una voluntad testimonial, más allá o más acá de que ese testimonio haya sido dado de una forma más o menos lograda.

La conclusión del tercer y último volumen de su *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea* termina con estas palabras:

La historia invita a hacer comparaciones y reflexiones con el momento presente. La Iglesia y la Compañía escuchan, también hoy, el encargo del Señor de predicar la palabra y ser levadura del mundo. El mandato es el mismo. Las formas de realizarlo han cambiado en no pocos detalles. Ha habido cambios obligados por las circunstancias, cambios acertados y cambios lamentables. Las reflexiones y comparaciones, a la luz de la historia quedan a cargo del lector inteligente. (III, p. 945)

REFERENCIAS

- García Colmenares, P. (Coord.) (2007). *Historia y Memoria de la Guerra Civil y Primer Franquismo en Castilla y León*. Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Valladolid.
- Revuelta, M. (1984). *La Compañía de Jesús en la España contemporánea. Tomo I. Supresión y reinstalación (1868-1884)*. Madrid: Sal Terrae-Mensajero-Universidad Pontificia Comillas.
- Revuelta, M. (1991). *La Compañía de Jesús en la España contemporánea. Tomo II. La expansión en tiempos recios (1884-1906)*. Madrid: Sal Terrae-Mensajero-Universidad Pontificia Comillas.
- Revuelta, M. (2008). *La Compañía de Jesús en la España contemporánea. Tomo III. Palabras y fermentos (1868-1912)*. Madrid: Sal Terrae-Mensajero-Universidad Pontificia Comillas.
- Revuelta, M. (2009). Dos visiones complementarias sobre la memoria histórica. *Razón y Fe* 259(1.324), pp. 137-148.
- Vicente Cárcel Ortí, V. (2008). *Caídos, víctimas y mártires. La Iglesia y la hecatombe de 1936*. Espasa-Calpe.